



Novo momento geopolítico mundial: a pandemia e a aceleração das tendências da transição histórico-espacial contemporânea

New world geopolitical moment: The Pandemic and the acceleration of the tendencies of the contemporary historical-spatial transition

Nuevo momento geopolítico mundial: La Pandemia y la aceleración de las tendencias de la transición histórica-espacial contemporánea

1. Doctor en Ciencias Sociales, Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales. Instituto de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de La Plata, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. La Plata, Argentina. <https://orcid.org/0000-0002-7802/4307>. Email: gabrielmerino23@gmail.com

Gabriel Esteban Merino¹

DOI: 10.5752/P.2317-773X.2021v9.n3.p106

Recebido em: 30 de março de 2021

Aprovado em: 01 de setembro de 2021

RESUMO

Pandemia acelerou um conjunto de tendências na transição histórico-espacial mundial contemporânea, a partir da qual um novo momento dessa transição se estabeleceu, manifestando-se como uma nova situação no mapa do poder mundial. As tendências centrais incluem o ascensão relativa da China e da Ásia-Pacífico e o declínio relativo dos Estados Unidos; crescentes contradições político-estratégicas que alimentam guerras em múltiplas frentes e territórios; a crise da hegemonia anglo-saxã americana e sua evolução no estágio de “desordem mundial”; uma crise econômica estrutural; transformações nas relações de produção articuladas a um novo paradigma tecnológico. Neste artigo é abordado esse novo momento da transição histórico-espacial, em relação às tendências citadas e em duas dimensões articuladas: a crise econômica acelerada pela pandemia em relação à transformação geoeconômica global e, por outro lado, as características do novo momento geopolítico.

Palavras-chave: Pandemia. Transição histórico-espacial. Geopolítica. Transformação geoeconômica global.

ABSTRACT

The Pandemic accelerated a set of trends in the contemporary world historical-spatial transition, from which a new moment of said transition was established, manifesting itself as a new situation on the world power map. Central trends include the relative rise of China and Asia Pacific and the relative decline of the

United States; growing political-strategic contradictions that fuel wars on multiple fronts and territories; the crisis of the American-Anglo-Saxon hegemony and its evolution in the stage of “world disorder”; a structural economic crisis; transformations in the relations of production articulated to a new technological paradigm. In this paper this new moment of the historical-spatial transition is approached, in relation to the aforementioned trends and in two articulated dimensions: the economic crisis accelerated by the pandemic in relation to the global geoeconomic transformation and, on the other hand, the characteristics of the new geopolitical moment.

Keywords: Pandemic. Historical-spatial transition. Geopolitics. Global geoeconomic transformation.

RESUMEN

La Pandemia aceleró un conjunto de tendencias de la transición histórica-espacial mundial contemporánea, a partir de lo cual se estableció un nuevo momento de dicha transición, manifestándose como una nueva situación en el mapa del poder mundial. Entre las tendencias centrales se destacan el ascenso relativo de China y Asia Pacífico y el declive relativo de Estados Unidos; crecientes contradicciones político estratégicas que alimentan guerras en múltiples frentes y territorios; la crisis de la hegemonía estadounidense-anglosajona y su devenir en la etapa de “desorden mundial”; una crisis económica con rasgos estructurales en algunas regiones; transformaciones en las relaciones de producción articulado a un nuevo paradigma tecnológico; e importantes dilemas sobre los rumbos estratégicos a seguir en los países del Sur Global. En el presente trabajo se aborda este nuevo momento de la transición histórica-espacial, en relación a las tendencias mencionadas y en dos dimensiones articuladas: la crisis económica acelerada por la pandemia en relación a la transformación geoeconómica mundial y, por otro lado, las características del nuevo momento geopolítico.

Palabras clave: Pandemia. Transición histórico-espacial. Geopolítica. Transformación geoeconómica global.

Introducción

En el mes de febrero de 2020, cuando la pandemia se concentraba en la provincia china de Hubei, los analistas y editorialistas de la gran prensa “occidental” perteneciente a los países que lideran la OTAN hablaban del “Chernóbil chino”. La interpretación era que el estallido del covid-19 mostraba, al igual que el accidente nuclear en la URSS, la crisis del régimen chino y la posibilidad de su desmoronamiento. Dos meses después, la situación había dado un giro de 180 grados. Beijing desplegaba todas sus capacidades económicas, sanitarias, diplomáticas y cooperativas a nivel mundial, mientras las imágenes de las fosas comunes en Hart Island, New York, contrastaba con las imágenes de la construcción de un hospital en diez días en Wuham o la llegada de donaciones chinas y equipos médicos a distintas partes del mundo. En lugar de analizar el “Chernóbil chino”, la famosa revista inglesa *The Economist* (2020) se preguntaba en su tapa y en referencia a las consecuencias geopolíticas de la pandemia, “¿China está ganando?”.

La Pandemia sirvió como catalizador para acelerar un conjunto de tendencias de la transición histórica-espacial mundial en que nos encontramos, a partir de lo cual se establece un nuevo momento de dicha tran-

sición, manifestándose como un nuevo momento geopolítico. En este sentido, Qiao Liang, general chino retirado y teórico militar, afirmó:

No es la primera vez que el hombre se enfrenta a una epidemia y no todas las epidemias provocaron un cambio tan significativo. Para cualquier cambio, la causa externa es el factor desencadenante y la causa interna es el factor decisivo. Esta epidemia es sólo la gota que colmará el vaso de este ciclo de globalización y la fuerza motriz que lo impulsa. (DANGDAL, 2020)

Las tendencias principales son:

El ascenso de Asia Pacífico y de China en particular y, por otro lado, el declive relativo del Occidente geopolítico y de Estados Unidos en particular. Asistimos a la configuración de un mundo multipolar y al mismo tiempo con rasgos bipolares, junto a crecientes contradicciones entre el Norte Global y el Sur Global.

Crecientes contradicciones político estratégicas, donde predomina un patrón de conflicto entre las fuerzas y potencias dominantes del anterior orden unipolar contra las fuerzas y potencias emergentes que apuntan a un orden multipolar, presionando para redistribuir el poder y la riqueza mundial. Este es el trasfondo de la mundialización y generalización de la guerra híbrida y fragmentada: guerra comercial, guerra financiera a través de sanciones y bloqueos, guerra de información, guerras en distintos escenarios combinando formas regulares con irregulares, etc.², profundizando el devenir de la crisis de hegemonía a caos sistémico, según la conceptualización propuesta por Arrighi y Silver (2001).

Una crisis de hegemonía que se expresa, a su vez, como una crisis del orden mundial (establecido a partir de la posguerra y reconfigurado en 1980-1990), de sus instituciones multilaterales y de su legitimidad.³

Una crisis económica estructural que se observa con claridad desde 2008, especialmente en el Norte Global, y que está en relación a la crisis del capitalismo financiero neoliberal y su globalización.

Una transformación en las relaciones de producción en articulación a un nuevo paradigma tecnológico (inteligencia artificial, internet de las cosas, salto en el proceso de robotización, etc.), que se conoce como “cuarta revolución industrial” o la “digitalización de la industria” – vislumbrando en China un nuevo desarrollo en la combinación de modos de producción que da lugar a un nuevo salto del modelo de “socialismo de mercado”.

Procesos disruptivos en los países periféricos y semiperiféricos, en donde se agudiza la tensión entre declive periférico o, por el contrario, el desarrollo de capacidades y procesos de insubordinación para enfrentar estas tendencias presentes acelerando la transición geopolítica.

En la búsqueda de comparaciones históricas para comprender el presente –que siempre deben tomarse más como metáforas explicativas e ilustrativas más que como teleológicas repeticiones—, dentro de los Estados Unidos hay autores que definen el momento actual como semejante al momento “Suez” (CAMPBELL Y DOSHI, 2020), comparándolo con la intervención fallida en Suez en 1956 que marcó el final del Reino Unido como el principal imperio/potencia mundial. También desde la visión liberal crecen las voces sobre el final de la hegemonía estadounidense,

2. En Merino (2020b) se avanza en la definición del concepto de guerra mundial híbrida y fragmentada.

3. El concepto de hegemonía que se utiliza está en diálogo con lo desarrollado por Cox (2016), Arrighi y Silver (2001) y Arrighi (2007).

como expresan Cooley y Nexon (2020), para quienes el liderazgo global de Estados Unidos no está simplemente en retirada sino que se está deshaciendo y observan que este descenso no es cíclico, como fue el de los años setenta del siglo XX, sino permanente.

No resulta casual que esta crisis se compare con el colapso de 1929 o las caídas económicas de la Segunda Guerra Mundial, aunque a primera vista sus causas parezcan distintas. El crack de 1929 y la depresión económica subsiguiente se corresponden con el período de entreguerras en plena transición histórica del sistema mundial, con la crisis del orden mundial y con la agudización de la lucha interimperialista que devendría en guerra comercial y económica, carrera armamentística y tecnológica, guerra en escenarios secundarios y finalmente guerra mundial. El aire de familia entre la situación del pasado y la presente es que el mundo atraviesa por procesos de transición con profundas transformaciones en la cartografía del poder. En este sentido, si en la crisis de 1929 Estados Unidos fue el epicentro, pero el golpe más fuerte se sintió en Europa y destruyó algunos de los pilares fundamentales de la hegemonía británica, ahora la pandemia tuvo como primer epicentro China –provocando un significativo golpe sanitario, económico y político— pero los principales impactos se están viendo en el Occidente geopolítico y en particular en Estados Unidos, acelerando su declive relativo y, en consecuencia, la crisis de hegemonía y su devenir en caos sistémico.

En el presente trabajo se aborda este nuevo momento de la transición histórica-espacial, en relación a las tendencias mencionadas y en dos dimensiones articuladas: la crisis económica acelerada por la pandemia en relación a la transformación económica mundial y las características principales de la crisis del orden mundial en relación a la transición geopolítica y al nuevo momento geopolítico mundial que se establece a partir de la pandemia.

Crisis en el Norte Global y transición geoeconómica

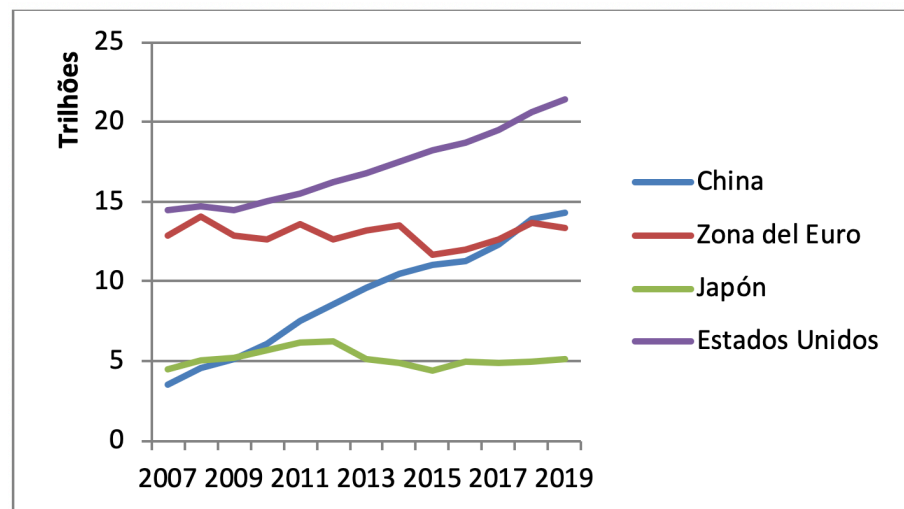
La pandemia produjo un enorme golpe recesivo global. En China, el principal centro dinámico de la economía mundial desde 2008 –dato que ya indica una transformación geoeconómica estructural—, durante el primer bimestre de 2020 la producción industrial cayó 13,5% interanual (primera contracción desde enero de 1990) y las ventas minoristas se desplomaron 20,5%, mientras que en el primer trimestre su PIB cayó el 6,8% anual. Sin embargo, terminó el año con 2,3% de crecimiento. En el denominado Norte Global, el golpe se sintió a partir del segundo trimestre, pero fue mucho más profundo y significó un año con caídas históricas: Estados Unidos -3,5% de PIB en 2020, la eurozona -6,6%, el Reino Unido -9,9% y Japón -4,8%.

El coronavirus actuó como catalizador, acelerando la crisis económica mundial. Desde 2008 buena parte del mundo ingresó en una fase de bajo crecimiento, que particularmente se acentuó en el núcleo orgánico de la economía capitalista mundial. Ello coincide con que desde ese año se produjo un freno al denominado proceso de “globalización” económica por el cual, desde los años ochenta, por cada punto de cre-

cimiento del PBI mundial, creció dos puntos el comercio y tres puntos la inversión extranjera directa. Esta realidad se reforzó con la llegada al poder de Donald Trump en Estados Unidos y los intentos por llevar adelante un proceso de desacoplamiento con la economía china, ligados a una política proteccionista e industrialista de inspiración neo hamiltoniana (MERINO, 2019).

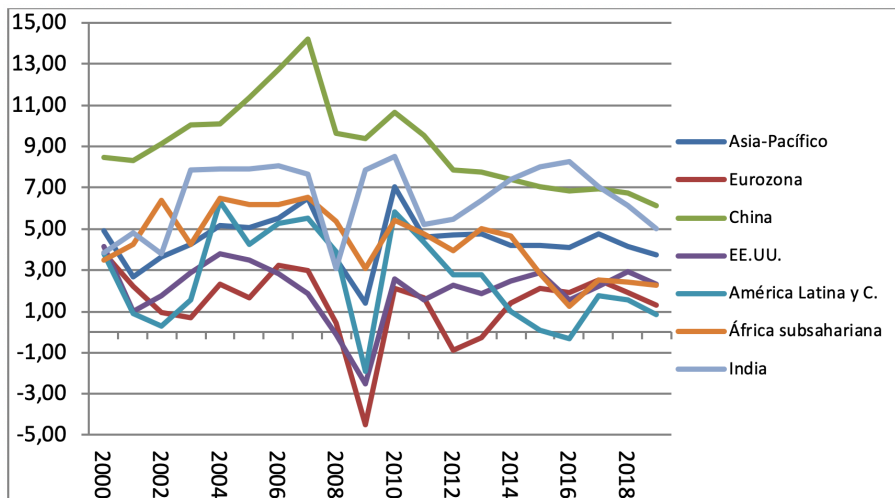
Como vemos en el gráfico 1, Europa y Japón tenían en 2019, ya antes de la pandemia, un PIB en dólares (nominales) inferior al de 2008. Sólo Estados Unidos muestra crecimiento, el cual en parte se debe a que exacerbó los privilegios de emitir la principal moneda de reserva mundial y financiar junto con la emisión de deuda, sus déficits estructurales (comercial y fiscal), y sus salvatajes financieros. Entre 2008 y 2014 la Fed emitió 3,5 billones de dólares y su deuda pública pasó de 64,64% (2007) al 104,26% (2018) de su PIB. Además, Estados Unidos todavía puede beneficiarse de sus capacidades estratégicas, su poder financiero y los monopolios tecnológicos que conserva imponiendo su poder sobre aliados y adversarios, aunque dicha situación se encuentre cada vez más difícil de sostener porque el costo geopolítico es, justamente, el resquebrajamiento del sistema de alianzas y de las instituciones del orden mundial que sostenían su hegemonía.

1. PIB en dólares a precios actuales



Fuente: elaboración propia en base a datos del Banco Mundial.

2. Tasa de crecimiento por países y regiones seleccionadas 2000-2019



Fuente: elaboración propia en base a datos del Banco Mundial

Autores nekeynesianos como Summers (2014) comenzaron a denominar hace unos años a esta situación como de estancamiento secular. Por su parte, Nouriel Roubini —asesor del Secretario del Tesoro durante el gobierno de Barack Obama— explicaba en 2015 las razones por las cuales lo extraordinario deviene en ordinario en tiempos de estancamiento:

Con el tiempo los rendimientos nominales y reales negativos pueden mover a los ahorradores a ahorrar menos y gastar más y ése es el objetivo de los tipos de interés negativos: en un mundo en el que la oferta supera a la demanda y un exceso de ahorro se disputa unas pocas inversiones productivas, el tipo de interés en equilibrio es bajo, si no negativo. De hecho, si las economías avanzadas padecieran un estancamiento largo, un mundo con tipos de interés negativos tanto a corto como a largo plazo podría llegar a ser la nueva normalidad. (ROUBINI, 2015)

Este mismo economista liberal analizando los efectos de la Pandemia (ROUBINI, 2020) sostiene que a partir de la Pandemia pasaremos del estancamiento a la fase de la Gran Depresión.

Por otro lado, Chesnais (2019) observa que la imposibilidad de la economía mundial de retomar el crecimiento una década después de la crisis de 2007-2008, refleja la avería del motor de la acumulación de capital a largo plazo, en el marco de la financiarización y la globalización. Una de las características de la globalización, señala el autor, es la brecha existente entre la tasa de crecimiento de los derechos de giro sobre el valor añadido producido y la de este último, medida por el producto interior bruto (PIB) mundial. La financiarización se vincula, entonces, con la pérdida de mejoras en la productividad y el estancamiento. “Un nivel de inversión inferior al de los beneficios en términos del porcentaje del PIB es la causa tanto de un aumento relativo de la masa de capital monetario que busca valorizarse en los mercados financiero como de una pérdida de mejoras de la productividad, pues estas solo pueden materializarse mediante nuevas inversiones.” (CHESNAIS, 2019: 10)

Roberts (2018) analiza que la productividad no crece porque no crece la inversión —especialmente la inversión en alta tecnología— y ello a su vez se debe a la caída en la tasa de ganancia y el exceso de deuda — espe-

cialmente corporativa –, lo que consolida un escenario en el que la economía capitalista mundial no ha podido volver a las tasas de crecimiento de tendencia anteriores desde el final de la Gran Recesión en 2009. Esto confirma, para Roberts, que existía una “depresión” ya antes de la Pandemia o lo que Ross (2019) denomina nueva “mediocridad Occidental”, donde el crecimiento de los países del G7 post 2008 es incluso inferior al de la Gran Depresión de la década de 1930, lo que contrasta con las exponenciales tasas de crecimientos chinas.

La cuestión de la financiarización y el estancamiento debe articularse con el análisis a largo plazo, ya que se encuentra estrechamente relacionado a la crisis de hegemonía y los procesos de sobre-acumulación de capital propios de estas transiciones geopolíticas (ARRIGHI Y SILVER, 2001). Desde esta perspectiva, las expansiones financieras en todo el sistema son el resultado de dos tendencias complementarias: una sobreacumulación de capital (capital que no encuentra inversiones rentables en la producción y el comercio) y una intensa competencia interestatal por el capital móvil –competencia que necesariamente está en relación a una agudización de las disputas geopolíticas. Para Arrighi, tomando palabras de Braudel, las expansiones financieras del sistema son un signo de otoño de una hegemonía.

Integrando algunos de los elementos mencionados, aquí se sostiene que desde 2008 en el núcleo orgánico de la economía capitalista mundial hay una crisis de sobreacumulación del capital (“el exceso de ahorro encuentra unas pocas inversiones productivas” leímos de Roubini en una cita anterior); una crisis de sobreproducción y, por lo tanto, de realización (“la oferta supera a la demanda”), en gran medida como producto de la estrategia neoliberal que deprimió salarios (y multiplicó la desigualdad) para aumentar las ganancias, apropiadas fundamentalmente por las redes financieras globales; y hay un proceso sistémico de financiarización que la pandemia no hizo más que exacerbar. En plena Pandemia, el endeudamiento y la llamada “hiperliquidez” sostenidas por la gran emisión y la tasa de interés casi al 0% o incluso negativa en las principales potencias han dado un nuevo salto, alimentando una enorme burbuja. En 2020 la Reserva Federal emitió en tres meses 3 billones de dólares (casi todo lo que había emitido en seis años de extraordinaria hiperliquidez) y ha comprado una gran masa de activos, lo que a su vez estuvo acompañado por fuertes emisiones de bonos del Tesoro de Estados Unidos. Todo un nuevo nivel del privilegio exorbitante del dólar. Incluso algunas voces en los principales medios de comunicación financieros llegaron a definir la situación como una nacionalización de facto del mercado de bonos.⁴ Por su parte, el balance del Banco Central Europeo se expandió en 1 billón de dólares, mientras que el de Japón en 0,7 billones. El resultado es que se ha profundizado la brecha, entre la economía real y el mercado de valores inflado por la financiarización –que se exagera especialmente en las empresas tecnológicas de punta como Alphabet, Amazon, Apple, Facebook y Microsoft, las cuales representan ahora una quinta parte del índice S&P 500.

El problema es que se trata de un proceso difícil de frenar, menos en las actuales condiciones geopolíticas, lo cual se corresponde con el hecho de que la deuda pública esté en niveles cercanos a los de la Segunda

4. “Córrete a un lado Bill Gross. Fuera de acá Jeffrey Gundlach (...) Hubo muchos aspirantes a la corona que alguna vez pertenecieron al fundador de Pimco. Pero sin duda el nuevo monarca del mercado de bonos es Jerome Powell, el presidente de la Reserva Federal.” Robin Wigglesworth, “Larga vida a Jerome Powell, el nuevo rey del mercado de bonos”, *Financial Times*, 23 de junio de 2020.

Guerra Mundial en Estados Unidos. Además, el riesgo de frenar el proceso de financiarización es el de profundizar la lucha entre capitales o interempresarial y que ello alimente aún más la polarización política y las fracturas en el llamado establishment. De hecho, como también se advierte en *The Economist* (2020), la pandemia ha agudizado una situación que ya era explosiva: “La caída perjudicará a las empresas más pequeñas y dejará a los sobrevivientes corporativos más grandes en una posición más fuerte, aumentando la concentración de algunas industrias que ya eran un problema antes de la pandemia. Una crisis exige sacrificio y dejará una gran factura.”⁵ La propia expansión financiera instrumentada para evitar una depresión profunda que exacerbaría las tensiones políticas y sociales, implica o refuerza procesos de “acumulación por desposesión” que tiende a polarizar aún más a la sociedad. A su vez, la creciente transferencia de riqueza hacia el capital financiero concentrado tiende a provocar una incluso mayor sobreacumulación del capital y las recurrentes crisis de rentabilidad. Ello crea una profunda crisis de legitimidad y exacerba las tensiones entre las clases populares y el gran capital financiero, alimentando las luchas de clases, resquebrajando aún más el contrato entre el gran capital y las clases trabajadoras del centro (ya en crisis por las transformaciones del capitalismo en las últimas décadas) y exacerbando las características plutocráticas de las repúblicas occidentales. También se polariza aún más la relación centro- periferia, alimentando las luchas Norte Global – Sur Global y dejando más en evidencia el dilema entre periferalización o insubordinación. En resumen, el estancamiento, la depresión económica y la financiarización inevitablemente agudizan la lucha entre capitales, las luchas económicas mediadas por los estados (por recursos naturales, mercados, monopolios tecnológicos y financieros, etc.) y las luchas de clases articuladas con luchas identitarias.

La imposibilidad del viejo orden mundial de contener-subordinar a los polos de poder emergentes, en los que sobresale China, a su vez implica la imposibilidad de establecer una estrategia para la superación de la crisis económica del Norte Global (MERINO, 2016). Estos territorios semi-periféricos –fundamentales para la expansión del capital transnacional y solución espacial de la dinámica de acumulación a partir de los años 80’— en la medida en que desarrollaron mayores niveles de autonomía relativa, rechazaron las recetas del Consenso de Washington y aprovechan la crisis y luchas internas del viejo “centro” mundial para impulsar sus propios proyectos nacionales de desarrollo, se convierten en obstáculos para las fuerzas dominantes del núcleo orgánico. Las acciones imperialistas para intentarlo, pueden dar resultados coyunturales pero en general aceleran el declive relativo y con ello la crisis. A ello hay que sumar que incluso dentro del propio Norte Global emergen los nacionalismos conservadores articulados con las fracciones de capital retrasadas y distintos grupos privilegiados golpeados por la crisis, que impugnan al globalismo y, también, por otro lado, un creciente malestar y despertar político de las clases populares.

En otras palabras, frente a la crisis de la globalización financiera neoliberal conducida por las grandes redes financieras y transnacionales del Norte global, se le opone tanto la reacción nacional conservadora

5. Datos actuales sobre este proceso pueden leerse también en Orlik, Jimenez and Sam (2021), en donde no sólo se puede observar el acelerado proceso de concentración y centralización de capital, y la centralidad de las grandes tecnológicas, sino también la presencia cada vez más importante de empresas chinas.

del centro (expresada políticamente en Donald Trump y el Brexit, entre otros), como la reacción de las clases populares del centro y procesos de resistencia e insubordinación en el Sur global. A su vez, a la globalización en versión occidental se le enfrenta la nueva mundialización china comandada por los grandes conglomerados estatales y la política exterior multilateral dual de Beijing: participa de las viejas instituciones multilaterales diseñadas por Estados Unidos y Occidente a la vez que crea nuevas instituciones e impulsa la dinámica multipolar. Como observa Vadell (2019), asistimos también a la emergencia de otra globalización, con características chinas. Ello se refuerza con el hecho de que China cuente con 124 de las 500 principales empresas a nivel mundial medidas por ingresos (90% de las cuales son estatales), cuando en 2007 tenía sólo 25, superando por primera vez a Estados Unidos (121), según el índice Fortune Global 500 de 2020, aunque en gran parte la magnitud de las empresas chinas se explique todavía por la propia escala de su mercado interno⁶ – como sucedía en gran medida en la comparación entre empresas estadounidenses y británicas a fines de siglo XIX.

6. Desde otra perspectiva, algunas de estas debilidades de China en la comparación económica con Estados Unidos y otras potencias económicas son resumidas en Mercatante (2021, p. 191-196)

La cuestión es qué tipo de mundialización se impone, desarrolla su territorialidad y subsume-subordina a las demás, lo cual también se juega dentro del propio territorio chino – como también en el conjunto de los territorios nacionales con sus situaciones y contradicciones particulares – en un mundo en donde no existe la exterioridad sino grados de autonomía relativa.

Transición geoeconómica

El centro dinámico de la acumulación mundial se ha trasladado de Occidente hacia Asia Pacífico, produciéndose una transformación geoeconómica secular iniciada por Japón y protagonizada ahora por China que, contando con casi una quinta parte de la población mundial y un cuarto de la fuerza de trabajo mundial (940 millones de personas), crece hace 40 años de forma continuada y a una tasa de 9,5% anual, mientras que la media mundial fue de 3%. Ya a fines de 2014 Estados Unidos fue superado por China por primera vez desde 1872 como la mayor economía estatal medida en PIB (PPA), país que ya en 2013 se había convertido en el mayor país exportador de bienes y servicios. Por otro lado, hace años EEUU también perdió el primer lugar como principal plataforma industrial mundial: en 2019 su PIB industrial fue de 2.3 billones de dólares (16.7% del total mundial) mientras que el de China llegó a 4 billones de dólares (28,4%), igual a la suma de EEUU, Alemania y Japón.

China ya no se limita a ser la gran fábrica del mundo en tanto semi-periferia industrial del núcleo orgánico del capitalismo mundial --que en la nueva división del trabajo “posfordista” y la transnacionalización económica a partir de 1970-80 deslocaliza de forma directa o indirecto los eslabones de menos complejidad a la vez que se especializa y monopoliza el diseño, las altas finanzas, la tecnología de punta y la administración estratégica, comandando desde las redes financieras globales y sus transnacionales los flujos de dinero, mercancías, servicios e información. Un dato clave es que China ya superó a Estados Unidos en solicitudes de patentes,

incluso en lo que refiere a tecnologías de vanguardia (aunque ciertos análisis cualitativos puedan relativizar este hecho cuantitativo). En ese contexto, la empresa china de alta tecnología Huawei –el mayor proveedor mundial de equipos de telecomunicaciones con un 28% de participación del mercado— obtuvo en 2019 un total de 4144 patentes y encabezó este índice, seguida de lejos por la estadounidense Qualcomm, con 2127 patentes (HIRO, 2020). Además, esta potencia re-emergente que converge hacia el núcleo tecnológico-productivo mundial, ya está en liderando algunas tecnologías de vanguardia de la llamada “cuarta revolución industrial”, como en inteligencia artificial, internet de las cosas y 5G sobre una masa de datos (Big Data) muy superior a la de Estados Unidos. También lidera la transición energética junto a otros países de Asia Pacífico y planea achicar su retraso tecnológico relativo en otras ramas como la robótica, los semiconductores y la industria aeroespacial a través del Plan Made in China 2025 y otras iniciativas. Esta es una de las razones principales de por qué el Estados Unidos de Donald Trump lanzó la guerra comercial contra China –pero también contra sus aliados y “vasallos” tradicionales, a los que les demanda sostener la primacía estadounidense.

China se encuentra en pleno devenir de gran taller manufacturero mundial hacia la conformación del centro económico productivo-tecnológico de mayor magnitud global, avanzando en todos los niveles de complejidad a una escala que plantea un nuevo umbral de poder estatal. Sus productos industriales de alta tecnología pasaron de constituir el 7% del valor mundial en 2003 a un 27% en 2014, aunque la debilidad era que dichas exportaciones se hacían desde China pero protagonizadas por transnacionales del Norte. Ahora y en pocos años, también ha desarrollado y/o adquirido sus propias empresas que comandan dichos procesos, así como sus marcas y diseños. Frente al GAFAM estadounidense (Google, Amazon, Facebook y Apple) emerge el BATX chino (Baidu, Alibaba, Tencent y Xiaomi), que achica año a año distancia e incluso es superior en algunos puntos específicos. Una expresión territorial de esta transformación geoeconómica es lo que acontece en el delta del río de las Perlas, donde se está conformando una megalópolis de 70 millones de personas, que posee un PIB de 1,5 billones de dólares y se desarrolla como centro de alta tecnología mundial, en donde se destacan las ciudades de Guangzhou, Shenzhen (base de Huawei, Tencent y ZTE), Zhuhai, Macao, Hong Kong y Dongguan. Allí se producen el 20% de los teléfonos “inteligentes” del mundo y se construyó el puente marítimo más largo del planeta que une a Hong Kong, Zhuhai y Macao. Estas son algunas de las razones por las que en China se consumió en tres años (2011-13) la misma cantidad de cemento que en Estados Unidos en un siglo (ROSALES, 2020). Por otra parte, ahora también compite por primera vez al máximo nivel junto a otros centros tecnológicos mundiales en el desarrollo de medicamentos y de la vacuna para el covid-19, a lo que debemos agregar que el 90 por ciento de los antibióticos se hacen en China y que este país provee el 80 por ciento de materias primas para todos los medicamentos del mundo. La otra cara de la moneda es que los salarios casi que se triplicaron en los últimos doce años, a partir del giro político que se produjo en parte por la presión de sus movilizadas clases trabajadoras que obligaron a importantes transformaciones en el modelo de desarrollo.

Además de lo mencionado en el plano productivo-tecnológico, Beijing también ha quebrado los monopolios comerciales mundiales en manos del Norte Global y disminuyó relativamente su debilidad en el plano financiero. En este último punto, se destaca un dato central a partir de la pandemia, que se agrega al lanzamiento en 2018 de la una plaza de comercialización de petróleo en yuanes: China se está convirtiendo en una plaza de reserva de valor en plena crisis, destacándose como segundo mercado bursátil mundial y el principal destino de la IED en 2020. Un dato financiero que muestra el poderío de Beijing es que los tres primeros bancos más importantes del mundo y el quinto según activos son chinos (y son estatales).

Que China haya conseguido la primacía productiva, quiebre parcialmente los monopolios tecnológicos del Norte Global, dispute el acceso-producción-comercialización mundial de las materias primas, o que junto a Rusia termine con el monopolio de la supremacía militar absoluta de Washington y el polo de poder anglo-estadounidense, son indicadores de un nuevo mapa de poder mundial. Ello alimenta la situación económica de disputa: guerra comercial, guerra financiera (a través de sanciones y otros mecanismos) y guerra por la supremacía tecnológica (con Huawei y el 5G como punta del iceberg), que constituyen tres frentes en lo que se libra la actual Guerra Mundial Híbrida y Fragmentada iniciada en 2014.

La crisis, acelerada por la pandemia, implica una gran destrucción de valor y, por otro lado, desde el punto de vista de la producción, se acelera el proceso de “cuarta revolución industrial”. Se trata de dos caras de un mismo proceso de destrucción creativa, que conlleva a una transformación y reingeniería social que hoy vivimos bajo una situación de emergencia, y cuyo desarrollo es aún incierto. Se aceleran los procesos de racionalización y transformación tecnoproductiva en los núcleos más dinámicos de la economía mundial y en Asia-Pacífico en particular, lo que desplaza, devalúa o lleva a la ruina a las unidades menos productivas; lo cual se traslada a la lucha político-estratégica.

Mientras los estados de las economías capitalistas centrales todavía no parecieran poseer las herramientas para destrabar la dinámica del estancamiento y declive relativo, donde la rentabilidad gobierna y la productividad crece lentamente, China parece tener una ventaja estratégica en su modelo de desarrollo híbrido o combinado: se mantiene propiedad colectiva de la tierra, los núcleos centrales de la economía están en manos de grandes empresas estratégicas estatales que planifican e invierten contra-cíclicamente para enfrentar las situaciones globales de crisis, y existe un fuerte desarrollo de las empresas de pueblos y aldeas de propiedad colectivas y semi-privadas, que son una de las principales empleadoras de la economía (AMIN, 2013) y que funcionan dentro de la lógica del mercado pero no bajo la modalidad capitalista⁷. En este escenario, mientras los estados de las economías capitalistas centrales no poseen las herramientas suficientes para destrabar el proceso descrito anteriormente y quebrar la dinámica del estancamiento, Beijing tienen el poder de lanzar un programa de inversión masiva, como se hizo en la Gran Recesión de 2008-2009 (aunque existen alertas de sobreendeudamiento y burbujas en algunos sectores), para sostener el crecimiento y aumentar constantemente la

7. Para Arrighi (2007, p. 363), estas empresas pueden haber desempeñado un papel tan crucial en el ascenso económico chino como lo hicieron las corporaciones verticalmente integradas y administradas burocráticamente en el ascenso de los EE.UU. un siglo antes.

productividad, porque el estado controla las finanzas nacionales (desde las cuales dirige el excedente a asegurar el empleo y el crecimiento) y comanda públicamente los núcleos de su economía; además de contar con una población comprometida en el desarrollo productivo a través de distintas formas de propiedad y/o participación económica. Ese poder no existe para los gobiernos de las principales economías capitalistas, donde la rentabilidad gobierna y la productividad se estanca (Roberts, 2018).

Así, en la formación social china se ha desarrollado una combinación de relaciones de producción capitalistas y no capitalistas, en donde estas últimas pesan más en el empleo (GABRIELE Y JABBOUR, 2020); desarrollándose a una escala extraordinaria una combinación de modos de producción, denominada “socialismo de mercado”⁸ y conducida desde un núcleo de 95 conglomerados estatales. En ella se mixturán una profunda economía de mercado, con su capacidad para asignar recursos y definir precios en función de la ley del valor (que además opera en el mercado mundial), junto con la planificación estratégica estatal y comunitaria con su capacidad para asignar eficazmente recursos de acuerdo a objetivos de desarrollo de las fuerzas productivas y empleo, y también las formas comunitarias con su capacidad para asignar recursos de acuerdo al bienestar social relativo. Elementos que se combinan no sin profundas contradicciones, las cuales se expresan dando lugar a importantes choques de tendencias políticas y horizontes complejos, entre los que se destacan las implicancias de la profundización de la desigualdad, los contrastes territoriales, el problema ambiental o el avance de las tendencias capitalistas que podrían imponerse desequilibrando el modelo de “socialismo de mercado”. El desarrollo de estas contradicciones y sus resultados definirán rasgos fundamentales del devenir de la actual transición histórico-espacial.

8. Jabbour, Dantas y Espíndola (2020) definen que en China el nuevo modo de producción que emerge debe conceptualizarse como una “economía de proyectamiento” a partir de la fusión entre la economía monetaria, el keynesianismo y la planificación estatal.

Nuevo momento geopolítico mundial.....

Actualmente estamos en el proceso inverso del que sucedió a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, en donde el imperialismo capitalista occidental encabezado por Gran Bretaña logró subordinar y periferizar las economías más importantes del mundo, China y la India. Luego del vertiginoso ascenso de Japón y de los tigres asiáticos durante el siglo XX, re-emerge China, el centro histórico de Asia Pacífico, que hasta principios del siglo XIX explicaba una tercera parte de la economía mundial. Si bien la re-emergencia de China tiene una larga historia que se inicia con la revolución de 1949, cuando se resuelve el proceso de liberación nacional iniciado en 1912 con la República, en el siglo XXI podemos señalar, por lo menos, cinco momentos claves⁹, que marcan cambios fundamentales en el mapa del poder mundial.

1. 1997-2001. Después de recuperar Hong Kong en 1997 y Macao en 1999, últimos grandes vestigios coloniales territoriales de occidente, en 2001 se consolida finalmente la Organización para la Cooperación de Shanghái (OCS) una especie de OTAN defensiva en Eurasia cuyo desarrollo se había iniciado en 1997, en alianza con Rusia y los países de Asia Central Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Uzbekistán. Tres meses

9. En Merino (2016) se añade un momento más en 2011 a partir de las Guerras de Libia y Siria. En este caso, se prefiere incluir dicho momento dentro de la periodización que se abre a partir de 2008 con la gran crisis económica mundial.

después de fundar la OCS y luego del ataque terrorista conocido como 11/S, Estados Unidos y aliados deciden justamente entrar en guerra en Afganistán, territorio sur de Asia central. Además, en aquel año China ingresa a la Organización Mundial del Comercio. Por otro lado, marca todo un hecho de reafirmación soberana al derribar un avión espía norteamericano en su territorio. Por su parte, el gobierno de George W. Bush pone fin al encuadramiento geopolítico de “asociación estratégica en el siglo XXI” y pasa al de “competencia estratégica”. A su vez, la administración estadounidense comienza a ver muy negativamente la incipiente pero creciente influencia económica de China en América Latina.

2. 2008-2009. El segundo momento se produce a partir de la crisis financiera y económica global, con epicentro en Estados Unidos. Beijing produjo a partir de allí un gran giro apuntando sus enormes recursos excedentes al mercado interno. Para ello disminuyó en más de 60% el financiamiento a Estados Unidos a partir de la compra de bonos del tesoro (MARTINS, 2019). Ello modificó en buena medida la dinámica de transferencia de excedente hacia Estados Unidos, que absorbe el ahorro global y financia su doble déficit estructural (fiscal y comercial). Además, expandió la inversión en ciencia y tecnología, y avanzó en la adquisición de activos estratégicos y la expansión global de sus empresas, convirtiéndose en un jugador principal en la inversión extranjera directa, especialmente en el Sur Global y en la compra de activos tecnológicos clave del Norte. Hacia el 2009 se produjo el lanzamiento del BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), articulando en un bloque a las potencias industriales de la semi-periferia en la búsqueda de reconfigurar el Orden Mundial, a partir de la democratización de la riqueza y el poder global. No es casual que desde 2008 se haya cuadruplicado nominalmente el PIB de China: acumulación económica y fortaleza política van de la mano, manifestándose en este caso y nuevamente, en la capacidad de ruptura de los dispositivos y mecanismos de la dependencia.
3. 2013-2014. En 2013 Beijing lanza la revolucionaria Iniciativa de la Franja y la Ruta (*Belt and Road Initiative* -BRI-) frente a las estrategias de contención impulsadas por Washington y sus aliados (Merino, 2020). Junto a esta iniciativa, China impulsa una nueva arquitectura financiera de escala mundial, como el Banco Asiático de Inversión e Infraestructura (BAII) y el Banco de los BRICS, que ensombrecen al FMI y el Banco Mundial. A su vez, se profundizan las alianzas con Rusia en todos los planos para consolidar una estructura de poder en el continente Euroasiático que contrarresta la superioridad del “Imperio de Mar”. Estos movimientos aumentan las reacciones de Estados Unidos y el Occidente geopolítico y alimentan el desarrollo de una guerra mundial híbrida desde 2014

(especialmente a partir del conflicto en Crimea y Ucrania y el avance del BRI). En plena crisis de hegemonía, se reconoce de facto una situación de conflicto generalizado, que da lugar a la multiplicación de enfrentamientos bélicos que, de una u otra forma, directa o indirectamente, involucran a los principales poderes mundiales. El mundo se encuentra inmerso en una contienda fragmentada e híbrida de nueva generación, donde se combinan elementos bélicos convencionales (entre Estados con ejércitos regulares) con “irregulares” o “no convencionales” y se juega en múltiples frentes – pensemos en los conflictos de Siria, Ucrania, Libia, Yemen, Irak, Afganistán, etc, pero también, bajo formas más difusas, en Cuba, Venezuela, Bolivia, Nicaragua y el conjunto de América Latina. Los enfrentamientos se multiplican y se despliegan hacia todos los ámbitos: guerra comercial, ciberguerra, guerra de monedas, guerras financieras, guerra judicial (o lawfare), etc.

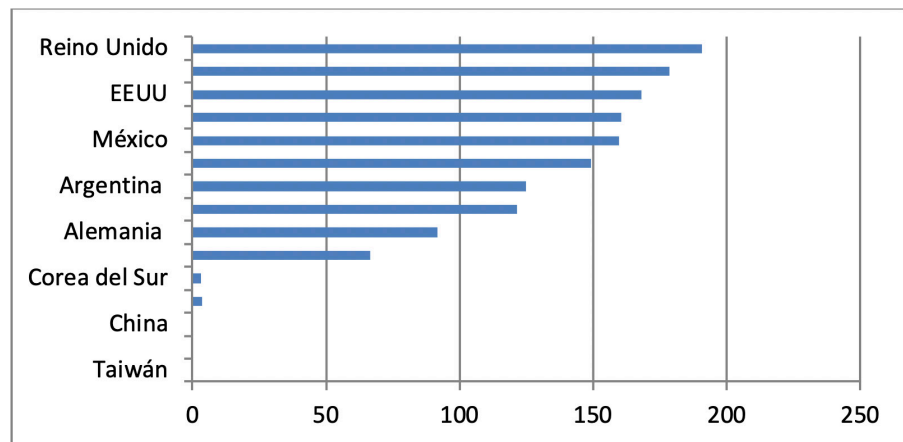
4. 2016-2017. Con el triunfo político que obtienen las fuerzas antiglobalistas en Estados Unidos y Reino Unido (triunfo de Donald Trump y Brexit) se inicia un nuevo momento. Estas fuerzas las conforman los grupos de poder y fracciones de capital que se sienten perdedores en la globalización o entienden que ya no es funcional a sus intereses, las cuales practican el unilateralismo en lugar del multilateralismo unipolar globalista y se oponen en buena medida a las instituciones internacionales construidas bajo la hegemonía anglo-estadounidense, así como también los grandes acuerdos comerciales multilaterales impulsados desde el Norte Global (MERINO, 2018). Esto cambia la geoestrategia del polo principal del poder mundial. Comienza la guerra comercial y la guerra económica-financiera se profundiza y generaliza a través de bloqueos y sanciones unilaterales por parte de Estados Unidos, a lo que se suman distintos frentes y territorios en disputa para dar inicio una especie guerra mundial híbrida. El orden mundial construido por Washington y sus aliados se derrumba, mientras el enfrentamiento entre potencias es formalizado por Estados Unidos en el cambio de la estrategia militar presentada en diciembre de 2017, donde vuelve a ser central la pugna con estados rivales que amenazan la “prosperidad” y los “valores” de Estados Unidos en el mundo, especialmente China y Rusia. En sintonía con esta modificación, en marzo de 2019 la Unión Europea definió por primera vez a China como un “rival sistémico”, aunque también tenga importantes diferencias con Estados Unidos. A esto siguió en diciembre la Declaración de Londres de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) mediante la cual, también por primera vez, se subraya “la creciente influencia internacional china”. La OTAN extendió más allá de Rusia su foco de atención y focalizó a Beijing como un reto significativo (TOKATLIAN, 2020).

5. 2020-2021. El golpe de la pandemia en el escenario del poder mundial implicó el inicio de un nuevo momento geopolítico. La influencia internacional de Beijing ha crecido, mientras el polo de poder que hasta la pandemia era el dominante (aunque ya no hegemónico) muestra más signos de declive relativo. China se ha convertido definitivamente en un actor global y parece estar dispuesta a asumir ese papel, produciéndose un salto cualitativo en las tendencias estructurales que mencionamos.

Poder infraestructural

El nuevo escenario mundial se observa en distintos indicadores económicos, sociales, tecnológicos y militares, pero también debemos analizar un elemento central que se pasa por alto o que no tiene suficiente atención. Por lejos, los países de Asia-Pacífico mostraron una capacidad socio-estatal muy superior frente a la Pandemia del Covid-19. Su capacidad para controlar la enfermedad, tener un bajísimo número de fallecidos y a su vez mantener funcionando la economía los deja en una posición muy superior frente a otras regiones del mundo y, especialmente, en relación a la situación de Estados Unidos y Occidente, donde se combina una estrepitosa caída en la economía junto con un desastre sanitario.

3. Personas fallecidas por Covid-19 cada 100 mil habitantes por país



Fuente: elaboración propia en base a datos de John Hopkins University (29/03/2021)

Si miramos el cuadro con la cifra de fallecidos por país cada 100 mil habitantes se observa que los países de Asia Pacífico como China, Japón, Corea del Sur, Vietnam y Taiwán se destacan por bajísimo nivel en este indicador, en contraste con Occidente y con América Latina. Son países que además cuentan con una altísima densidad de población y en el caso de China se trata del país más poblado del mundo, además de ser un país de “ingresos medios”, similar a Brasil, por lo que no hay una correlación directa entre riqueza por persona y respuesta a la Pandemia.

Debe tenerse en cuenta que estos números son provisorios y recopilamos las informaciones oficiales de cada país. Sin embargo, se pueden relacionar dichos resultados parciales no sólo con las decisiones gubernamentales y cuestiones culturales – que sin duda son fundamentales –, sino

también con capacidades socio-estatales de los distintos territorios para hacer frente a situaciones críticas. Dichas capacidades están vinculadas a lo que algunos autores como Mann (2007) denominaron el poder infraestructural del estado, que desde nuestra perspectiva definimos como la capacidad del estado, en tanto sociedad civil más sociedad política (el Estado en sentido amplio), para poner en ejecución logísticamente las decisiones y acumular/desplegar capacidades tácticas y estratégicas. Eso implica una fortaleza estructural que se define por la suma de activos físicos, activos humanos, organizacionales, institucionales y una legitimidad fundada en una cosmovisión compartida que hace posible el poder infraestructural.

En este sentido, China ha demostrado con la pandemia un enorme poder infraestructural, que se observa tanto en su interior como en la política exterior. Esto se aprecia en la imágenes que mostraban la construcción de un hospital en diez días y la combinación de fortalezas organizaciones colectivas con los últimos avances en la tecnología, pero también en el hecho de que en el mes de marzo, cuando la pandemia azotaba todavía su territorio, China exportó 3.860 millones de máscaras, 37,5 millones de trajes de protección, 16.000 ventiladores y 2,84 millones de kits de detección de Covid-19 (La Vanguardia, 4/5/2020). Es decir, no sólo abasteció en pleno golpe a su inmensa población con las armas necesarias para hacer frente al Covid-19, sino que al mismo tiempo fue el gran abastecedor global de los productos sanitarios básicos. Este poder infraestructural se tradujo en un inmenso “soft-power” debido a la capacidad para liderar la cooperación internacional.

Provocativamente el general retirado chino Qiao Liang afirmó en una entrevista (DANGDAI, 2020), que “Lo importante no es saber cuán terrible es la epidemia sino darse cuenta de que tanto los Estados Unidos como Occidente han tenido su hora de gloria y que ahora se han enfrentado a esta epidemia mientras se encuentran en declive.” El propio Zbigniew Brzezinski (2013), uno de los referentes del pensamiento estratégico estadounidense, analiza luego de la crisis de 2008 que las importantes debilidades estructurales de su país evidenciaban un importante declive relativo y la consecuente pérdida del “liderazgo”. Allí enumera seis aspectos críticos:

- Una deuda insostenible y los déficits presupuestarios estructurales (que desde entonces no hicieron más que profundizarse).
- Un sistema financiero defectuoso, que constituye una bomba de tiempo sistémica debido a su comportamiento riesgoso y de auto-engrandecimiento. Además, ha producido un creciente riesgo moral que causa indignación en el pueblo estadounidense.
- La creciente desigualdad de ingresos, que unido al estancamiento de la movilidad social es peligroso a largo plazo para el consenso social y la estabilidad democrática, dos condiciones necesarias para el sostenimiento de una política exterior eficaz.
- La decadencia de la infraestructura nacional. La Sociedad Americana de Ingenieros Civiles, en su reporte sobre la in-

fraestructura de los Estados Unidos, calificó la situación en la abismal nota D. D en aviación, C- en vías férreas, D- en carreteras y D + en energía. El estado de la infraestructura de Estados Unidos es ahora más representativo de un poder o potencia deteriorada. En un mundo donde la rivalidad sistémica entre los Estados Unidos y China es probable que se intensifique, la decadente infraestructura es un símbolo y un síntoma del declive de los Estados Unidos.

- Un público que es muy ignorante sobre lo que sucede en el mundo y, por ello, muy manipulable.
- Un sistema político crecientemente congestionado y altamente partidista (o polarizado, en una traducción menos literal pero más correcta).

Las respuestas económicas implementadas desde Washington agrandaron la “deuda insostenible” e hicieron crecer exponencialmente el déficit presupuestario estructural, sin modificar la regresividad del sistema. Por otro lado, el “sistema financiero defectuoso”, que constituye una “bomba de tiempo sistémica” también se vio apalancado, llegando a nuevos récords la gran burbuja que se transita desde 2008. Además, vimos estallar profundos conflictos sociales cuyo trasfondo central son las desigualdades estructurales y crecientes que atraviesan el territorio estadounidense y que exacerbaban los conflictos de clase y el racismo. El sistema sanitario colapsado o la brecha tecnológica y los serios problemas de conectividad para poder estudiar en estados como en el de California, en donde se encuentra el corazón tecnológico del Norte Global, son otra muestra de la desigual realidad social. La ignorancia sobre lo que sucede en el mundo por parte del gran público fue alimentada por la impresionante propagación de noticias falsas y la guerra informativa. Incluso el propio presidente Donald Trump aprovechó la característica paranoica de importantes sectores del público estadounidense acusando a China de expandir el coronavirus “intencionadamente” con el objetivo de desestabilizar la economía.¹⁰

10. Entrevista con Wall Street Journal, 18 de junio de 2020. Disponible en: <https://www.wsj.com/articles/transcript-of-president-trumps-interview-with-the-wall-street-journal-11592501000>

Por último, la puja política y las contradicciones sociales al interior de los Estados Unidos se han profundizado, polarizando aún más el sistema político y agravando la crisis institucional. Basta observar los estallidos en contra de la violencia policial racista, el creciente descontento social o la propia toma del capitolio por parte de seguidores de Trump. Las pujas entre el globalismo y el americanismo en la definición de la política externa e interna han dado un nuevo salto, y el propio trumpismo significó el crecimiento de una fuerza nacionalista conservadora y reaccionaria, que profundizó el nativismo anti-globalista y anti-multicultural, ahondando las grietas que surcan la sociedad estadounidense.

Los límites del poder estadounidense

La situación de declive relativo de Estados Unidos y el polo de poder anglo-estadounidense, también se expresa en el plano militar, que junto al poder financiero-monetario, parecían ser dimensiones indesafiables por cualquier rival hace menos de dos décadas. En el ocaso de la

Guerra Fría, el gasto militar chino representaba apenas el 1% mundial según cálculos del Instituto Internacional de Estocolmo para la Investigación de la Paz (SIPRI). Ahora el gasto militar chino ya equivale al menos a 14% del global, aproximadamente un poco más de un tercio del gasto estadounidense (38%), brecha que se acorta en términos reales. Y este sigue creciendo en tiempos de pandemia: Li Keqiang, el primer ministro, anunció un aumento del gasto en defensa para 2021 de 6,6% (SIPRI, 2020). A lo largo de 2019, los gastos militares alcanzaron 1,9 billones de dólares en el mundo, con un incremento de 3,6 por ciento en un año, alcanzando su mayor nivel desde el final de la Guerra Fría —todo un dato del clima de época.

Según un informe de este año del Servicio de Investigación del Congreso de los Estados Unidos, la primacía naval estadounidense está en crisis en el Pacífico occidental (Congressional Research Service, 2020), en cuyo centro, el Mar de China Meridional, circula el 30% del comercio mundial y, como vimos, se encuentra la región más dinámica de la economía global. A este dato se le agrega que la nueva capacidad misilística de Beijing en la región es difícil de equilibrar para Washington.¹¹ En esta línea, en junio de 2020 se dio a conocer que China iba a establecer una Zona de Identificación de Defensa Aérea (ADIZ, en inglés) en el mar de China Meridional, donde existen territorios en disputa con otros países de la región. Esto se suma al ADIZ establecido en 2013 en el Mar de China Oriental donde mantiene una disputa territorial con Japón sobre las islas Diaoyu o Senkaku. Beijing también consolida su posición en Hong Kong, mediante una nueva ley de seguridad nacional, territorio que se considera un punto de avanzada fundamental de occidente —colonia británica hasta 1997 cuando vuelve a manos de Beijing, pero donde el poder anglo-estadounidense sigue teniendo gran influencia y se hacen visibles las diferencias “chinas” que están en juego. Por otro lado, a mediados de abril de 2020 los medios chinos publicaban la decisión del gobierno de crear dos nuevos distritos como parte de la ciudad de Sansha, en la sureña isla de Hainan y parte de la avanzada geoestratégica en el Mar de China Meridional.

Frente a esta situación, en julio de 2020 Estados Unidos desplegó allí dos portaaviones y trató de reforzar la presencia en la región, aunque resultan cada vez más evidentes los límites de su poder. Hasta ahora, Washington afirmaba mantener la neutralidad en las disputas territoriales. Pero a partir del 13 de julio se alineó con Vietnam y Filipinas, mediante declaraciones públicas del Secretario de Estado, Mike Pompeo (miembro del ultraconservador Tea Party y quien ahora protagoniza una feroz escalada discursiva contra China, proponiendo una nueva Guerra Fría): “Las reclamaciones de Beijing sobre recursos en aguas no costeras a lo largo de la mayor parte del mar del Sur de China son completamente ilegales, como lo es su campaña de coerciones para controlarlos”. Y agregó: “El mundo no permitirá que Beijing trate el mar del Sur de China como su imperio marítimo” (VIDAL LIY, 2020). Este alineamiento también implica el quiebre en el papel de árbitro de los Estados Unidos en la región, un indicador más del quiebre de la hegemonía.

Lo central a analizar es que en el diseño geopolítico de la hegemonía estadounidense desde el fin de la Segunda Guerra Mundial ha existido

11. “En la conmemoración del 70º aniversario de la fundación de la República Popular, China sacó pecho con las últimas joyas de su industria armamentística. En Tiananmen se exhibieron por primera vez el DF-41 —capaz de alcanzar cualquier país desde su territorio y lanzar hasta 12 cabezas nucleares—, la última versión de los bombarderos estratégicos H-6N —con un rango de combate de más de 5.000 kilómetros— y el JL-2 —un misil balístico intercontinental de lanzamiento submarino—. Beijing mostró al mundo su tríada nuclear, su arsenal atómico listo para ser utilizado desde tierra, mar y aire.” Torralba (2020)

una línea roja en Asia Pacífico que marca el límite estratégico que una coalición liderada por Estados Unidos y Japón debe mantener para evitar que China (o una coalición antihegemónica) se convierta en una global, lo que implicaría la pérdida de la primacía mundial de Washington (BRZEZINSKI, 1997). En la actualidad, ese límite ya ha sido traspasado, con lo cual el solapamiento estratégico está en curso, lo cual se refuerza tanto en el plano económico como también en un conjunto de instituciones e iniciativas multilaterales del nuevo mundo multipolar que tienen como protagonista a Beijing. Esto se puede apreciar en las adhesiones de los países de Asia Pacífico a la iniciativa Asociación Económica Integral Regional (RCEP, por sus siglas en inglés), la influencia del Banco Asiático de Inversiones e Infraestructura (AIIB) o la integración a la Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI por sus siglas en inglés), entre otras. Proyectos que se aceleraron ante la retirada de Estados Unidos del Tratado Trans-Pacífico durante el gobierno de Donald Trump y la pandemia.

Por otro lado, Beijing apresura las iniciativas en países como Pakistán, Birmania y Sri Lanka, aumentando su influencia en el océano Índico. A lo cual se sumó, en plena pandemia, un histórico acuerdo por 25 años con Irán, que establece un compromiso a largo plazo de inversiones chinas en infraestructura para modernizar la industria del país persa y abarca a los hidrocarburos, cuyas exportaciones se encuentran bloqueadas por Estados Unidos. El acuerdo desafía y, en parte, desarticula ese instrumento de guerra económica que despliega Washington sobre Teherán. También incluye compromisos en materia militar y para el desarrollo de carreteras, telecomunicaciones y puertos –entre los que se encuentran el estratégico punto de Chabahar, del cual se había hecho cargo la India a fines de 2018 y ahora quedó desplazada ante la imposibilidad de llevarlo adelante por las presiones de Washington. Esto ubica a Irán como un punto nodal de BRI. En el caso de la infraestructura ferroviaria el acuerdo pone el foco en la línea Teherán-Mashhad que conectará con Afganistán y el puerto seco de Khorgos, en Kazajistán, completando el recorrido del “Tren de la Ruta de la Seda” (VADELL Y ZACCARA, 2020) y consolidando la primacía en Asia central de China, junto a Rusia, sumando cada día influencia en el tablero Euroasiático, el centro de la geopolítica mundial. A ello se suma una situación en Estados Unidos de profunda fractura entre globalistas, americanistas y nacionalistas que polariza el sistema político, y se agudiza a medida de que se incrementa las contradicciones al interior de sus clases dominantes e impide alcanzar consensos acerca de las estrategias y tácticas a seguir, como se observa claramente en el caso de Irán (MERINO, 2020a)

El poder de Estados Unidos también se ven crecientemente desafiados por otras potencias, como quedó de manifiesto en diversos acontecimientos en plena pandemia. Como señalan Sanger, Schmitt y Wong (2020), los rivales de Estados Unidos están poniendo a prueba los límites de su poder en una situación de debilidad relativa. Uno de los ejemplos que se mencionan para analizar ese límite es el vuelo de aviones de combate rusos muy próximos a aviones de la marina estadounidense sobre el mar Mediterráneo, mientras las fuerzas espaciales realizaban una prueba de misiles anti satélite. También se observó que aviones de combate rusos interceptaron dos bombarderos Air Force B-1B que realizaban una misión

de entrenamiento de gran distancia sobre el mar Negro y que al menos en tres ocasiones durante los meses de abril y mayo, aviones de combate rusos han interceptado aeronaves de vigilancia P-8 sobre el Mediterráneo. Esto se suma a la importante y exitosa intervención rusa en Siria para que no caiga el gobierno de Bashar al-Assad como pretendían las fuerzas occidentales y sus aliados en Oriente Medio. Por otro lado, se ve una mayor intervención de Rusia en Libia en detrimento de los intereses estadounidenses. Tampoco es casualidad que ex repúblicas soviéticas, que forman parte de la zona de influencia cercana de Moscú, se encuentren con fuertes tensiones político-estratégicas (Bielorrusia, Armenia-Azerbaiyán, Kirguistán), como retorno al accionar de Moscú. Allí, más allá de problemas internos, también se juegan estas pujas entre potencias en el marco de una guerra mundial híbrida y fragmentada, en la cual la alianza entre Rusia y China cambia completamente el escenario estratégico de la posguerra Fría.

Otro ejemplo de los desafíos y los límites del poder estadounidense que se observó durante la pandemia fue el envío de barcos con combustible de Irán a Venezuela, en un abierto desafío al bloqueo decidido por Trump al país de suramericano, cuyas costas dan al mare nostrum de EEUU. En América Latina, también son señales de esos límites y de la imposibilidad de recuperar la hegemonía regional, el triunfo del Movimiento al Socialismo (MAS) en Bolivia, lo cual significó una derrota al golpe de estado al viejo estilo legitimado por Washington y la OEA; los levantamientos en Chile contra la constitución del régimen neoliberal de herencia pinochetista; la derrota electoral de Mauricio Macri en Argentina a pesar del enorme apoyo otorgado a través del FMI; o la imposibilidad de llevar adelante los objetivos de cambio de régimen en Venezuela. Un dato clave es la presencia creciente de China en la región, que es el mayor socio comercial de Suramérica y se está convirtiendo en uno de los mayores inversores (MERINO, 2019). Como observa Regueiro (2019), América Latina y el Caribe es una región en la cual se agudiza la disputa por la influencia entre Estados Unidos (que no quiere retroceder) y China, que sin intervenir en el juego geoestratégico directo, su avance económico modifica necesariamente el balance de poder.

Al calor de este nuevo momento geopolítico mundial y de los crecientes límites del poder imperial, se volvió a hablar de “Nueva Guerra Fría”. Este concepto ya se había utilizado desde Occidente a partir de la agudización de las tensiones con Moscú que se produjeron con los enfrentamientos de 2013-2014 en Crimea, Ucrania y Siria, entre otros puntos calientes, y ahora retorna con insistencia a partir de diferentes acciones de Washington contra China. En realidad, resulta más bien la llamada nueva Guerra Fría es una estrategia de Estados Unidos y aliados para enfrentarse a Beijing, frente a una situación de declive relativo, que una categoría para analizar la situación político-estratégica actual, muy distinta a la de 1945-1991. Esta estrategia tiene cinco aspectos:

- a. La cruzada ideológica “anticomunista” que tiene como enemigo central al Partido Comunista de China y se articula con una guerra de información (entre otras cuestiones, señalando al COVID-19 como un virus Chino que podría haber sido utilizado como una arma biológica por Beijing).

- b. La guerra comercial, que tiene como trasfondo fundamental la guerra económica y tecnológica.
- c. La búsqueda por “desacoplar” las economías estadounidense y china en los eslabones de alta tecnología, y aislar a China en Asia.
- d. La pretensión de construir una OTAN del Indo-Pacífico contra China, con Japón, India y Australia como pilares, y profundizar las políticas conjuntas con los aliados extra-OTAN: Australia, Corea del Sur, Filipinas, Japón, Nueva Zelanda y Tailandia (más Taiwán que recibió ese status del poder legislativo estadounidense).
- e. La utilización de la llamada “nueva guerra fría” como dispositivo amigo-enemigo, con el fin de presionar a distintos países para que se alineen con Estados Unidos, ya sean aliados y vasallos tradicionales o enemigos. Eso incluye presiones políticas, operaciones de inteligencia, amenazas militares, sanciones económicas y financieras, etc.
- f. La intensificación de la carrera armamentística que incluye el desarrollo de una sexta rama de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, las Fuerzas Espaciales.

Sin embargo, dicha estrategia imperial desplegada por la administración Trump no ha tenido demasiados resultados. Si tomamos la cuestión de la guerra comercial podemos ver que si bien Estados Unidos logró reducir su déficit comercial con China un 18% en 2019 y situarlo a niveles similares a los de 2016, pero el impacto de los aranceles ha golpeado con dureza a las empresas y consumidores del propio país. Según un informe de la Reserva Federal de Nueva York, las compañías estadounidenses “han soportado prácticamente todos los costes” de los nuevos aranceles, lo que ha reducido los beneficios y la inversión. Además, el déficit comercial en Estados Unidos trepó 17,7% en 2020 y alcanzó su nivel más alto desde 2008 debido a la caída de las exportaciones en medio de la pandemia de coronavirus, según el Departamento de Comercio; y de acuerdo a los datos brindados por Beijing, el superávit comercial de 2020 con Estados Unidos aumentó 7,1% hasta alcanzar los 316.900 millones de dólares.¹² Tampoco la guerra comercial fue efectiva para frenar el desarrollo tecnológico de China, más allá de la caída de algunos contratos de Huawei, que a pesar de ello creció 13,1% en el primer semestre de 2020 y encabeza la solicitud mundial de patentes.

Si analizamos la cuestión de los alineamientos hay un dato que resulta central. Mientras el Estados Unidos de Trump se alejó de la Unión Europea en varias cuestiones fundamentales –cambio climático, acuerdo nuclear iraní, Brexit, etc.— europeos y chinos firmaron a fines de 2020 un primer acuerdo para establecer tratado de protección y liberalización de inversiones, a pesar de que la propia UE haya definido a Beijing como rival sistémico. Hay un dato clave en esta contradictoria relación: en 2020 China se ha convertido por primera vez en el socio comercial más grande de la UE: mientras las exportaciones de Europa a China aumentaron 2,2% y las importaciones un 5,6%, con respecto a 2019 las importaciones y exportaciones a Estados Unidos cayeron 13,2% y 8,2% en 2020, respectivamente.¹³

12. France 24, 5 de febrero de 2021. <https://www.france24.com/es/minuto-a-minuto/20210205-el-d%C3%A9ficit-comercial-en-eeuu-crece-17-7-en-2020-bajo-el-efecto-de-la-pandemia>

13. France24, 16 de febrero de 2021. <https://www.france24.com/es/programas/econom%C3%ADa/20210216-china-desplaz%C3%B3-a-estados-unidos-como-el-principal-socio-comercial-de-la-uni%C3%B3n-europea>

Por otro lado, para los países de ASEAN (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático), la presencia de Estados Unidos les permite generar ciertos equilibrios estratégicos frente a China (salvo Laos y Camboya más cercanos a Beijing), pero en términos económicos giran cada vez más en torno a China, que a pasos acelerados se encuentra restableciendo desde su fortaleza material el milenar sistema sino-céntrico en dicha región. La caída del TPP decidida por Donald Trump profundizó esa tendencia. Progresivamente, en dichos países los lazos securitarios y militares con Washington actúan más como contrapeso que como un total alineamiento político-estratégico. También podemos observar la prudencia de Japón en sus declaraciones sobre el “Quads” y sus vínculos económicos orgánicos con China; el difícil dilema australiano para constituirse en un pilar clave de la una alianza contra Beijing a donde envía el 34,7% de sus exportaciones; o el juego particular que hace la India acercándose a Estados Unidos pero también con vínculos importantes con Rusia o su membresía a la Organización para la Cooperación de Shanghái.

La cuestión central es que los intentos por imponer una nueva guerra fría como dispositivo geoestratégico no tienen tanto éxito en el mundo actual, ni en el formato nacionalista-americanista ni en el formato globalista. Es un mundo en el que, a pesar de se frenó el proceso de globalización desde la crisis de 2008, está profundamente interconectado por la propia transnacionalización financiera y productiva protagonizada por el gran capital angloamericano y del Norte global, dentro del cual China se convirtió en el gran taller manufacturero de la nueva división del trabajo en el mundo posfordista. A ello se le agrega que China está deviniendo en un núcleo central de la economía mundial en términos productivos, tecnológicos, comerciales y financieros; con sus conglomerados estatales, mixtos y privados articulando a un gran número de empresas y conquistando el mercado mundial, en lo que significa otra mundialización que se solapa, compite y coopera, con la globalización del Norte. No son los 70’ y China claramente no representa el mismo desafío que la Unión Soviética. Se trata de un desafío mucho mayor, dentro del proceso de transformación-crisis del sistema mundo moderno. Por ello, al no haber bloques separados y al no haber exterioridad en el sistema, lo que se desarrolla es, como ya se mencionó, una guerra mundial híbrida.

Conclusiones

La transición histórica-espacial actual del sistema mundial se manifiesta, entre otros modos, como una crisis estructural del capitalismo y una transición geoeconómica y, por otro lado, como una crisis estructural del orden mundial y una transición geopolítica. La crisis estructural del capitalismo se expresa como un estancamiento que con la pandemia se transforma en depresión en el Norte Global y en América Latina –periferia fundante del centro occidental— junto a otras regiones del mundo, que contrasta con el crecimiento de China y Asia Pacífico. La dualidad que transitamos. El estancamiento y la depresión económica inevitablemente agudizan la lucha entre capitales, las luchas económicas mediadas por los estados (por recursos naturales, mercados, monopolios tecnológi-

cos y financieros, etc.), las luchas de clases articuladas con luchas raciales y de género, y los enfrentamientos geopolíticos. En este escenario se exagera el proceso de financiarización como respuesta a la crisis en el Norte Global pero que al mismo tiempo potencia contradicciones inherentes a la misma y las polarizaciones sistémicas, al tiempo que China se encuentra en plena expansión material y acortando aceleradamente las distancias relativas.

La dinámica económica diferencial está estrechamente relacionada al desarrollo en la formación social china de un proceso de combinación de modos de producción, dando lugar a lo que se denomina socialismo de mercado, que estaría constituyendo un nuevo modo de producción, no sin profundas contradicciones, que dan lugar a importantes choques de tendencias políticas y horizontes complejos, entre los que se destacan las implicancias de la profundización de la desigualdad, el problema medioambiental o el avance de las tendencias capitalistas que podrían imponerse desequilibrando la combinación que sostiene al socialismo de mercado. Las tensiones entre Beijing y la burguesía china del sector tecnológico expresa esta contradicción clave, así como las demandas de las clases populares para mejorar sus condiciones de vida. Por otro lado, esta dinámica y transición geoeconómica encuentra su explicación si se articula con la dinámica política y geopolítica, donde existe una correspondencia entre dichos avances estructurales y los momentos geopolíticos de emergencia de China y el desarrollo de un mundo de multipolaridad relativa que señalamos a partir de fines de siglo XX y principios de siglo XXI.

El golpe de la pandemia en el escenario del poder mundial implicó el inicio de un nuevo momento geopolítico y la aceleración de las tendencias estructurales de la transición histórico-espacial contemporánea. Mientras el polo de poder que hasta la pandemia era el dominante (aunque ya no hegemónico) muestra más signos de declive relativo, China se ha convertido definitivamente en un actor global y parece estar dispuesta a asumir ese papel. La situación deviene de la crisis de hegemonía hacia la etapa de desorden mundial o “caos sistémico”, alimentando la guerra mundial híbrida. No se trata de que emerge una nueva hegemonía, en este caso China. En realidad, el proceso es el contrario: nos esperan muchos años, quizás por lo menos tres décadas, de convulsiones, antagonismos sistémicos dentro de una profunda interdependencia y transformaciones estructurales. Es decir, años de revoluciones y contrarrevoluciones.

Referencias

- ARRIGHI, G. y SILVER, B. *Caos y Orden en el Sistema Mundo Moderno*. Madrid: Akal. 2001.
- ARRIGHI, G. *Adam Smith en Beijing. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Madrid: Akal. 2007.
- BRZEZINSKI, Z. *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperatives*. New York: Basic Books. 1997.
- BRZEZINSKI, Z. *Strategic Vision. America and the crisis of global power*. New York: Basic Books. 2013.
- CAMPBELL, K. M. and DOSHI, R. *The Coronavirus Could Reshape Global Order. China Is Maneuvering for International Leadership as the United States Falter*”. *Foreign Affairs*, 18 de marzo de 2020. Disponible en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/china/2020-03-18/coronavirus-could-reshape-global-order>. Acceso em: 20 de abril de 2020.

CONGRESSIONAL RESEARCH SERVICE. China Naval Modernization: Implications for U.S. Navy Capabilities. Background and Issues for Congress, August 24, 2020. Disponible: <https://fas.org/sgp/crs/row/RL33153.pdf>. Acceso em: 30 de agosto de 2020.

COOLEY, A. y NEXON, D. H. How Hegemony Ends. The Unraveling of American Power. Foreign Affairs, July/August 2020. Disponible en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2020-06-09/how-hegemony-ends>. Acceso em: 15 de setembro de 2020.

COX, Robert. Gramsci, hegemonía y relaciones internacionales: Un ensayo sobre el método. Relaciones Internacionales, n. 31, UNAM, Febrero-Mayo 2016.

CHESNAIS, F. De nuevo sobre el impasse económico histórico del capitalismo mundial. VientoSur, n. 163, Abril 2019.

DANGDAI. “Quién marca el ritmo”, entrevista con el General Qiao Liang de Zijing. Bauhinia, Hong Kong, 22 de mayo de 2020. Disponible en: <http://dangdai.com.ar/2020/05/22/quien-marca-el-ritmo/>. Acceso em: 29 de maio de 2020.

FORTUNE. Fortune Global 500 Index. Fortune. 2020. Disponible en: <https://fortune.com/global500/2020>. Acceso em: 15 de junho de 2021.

GABRIELE, A. y JABBOUR, E. ¿China es capitalista? Dangdai, 29 de abril de 2020. Disponible en: <https://dangdai.com.ar/2020/04/29/china-es-capitalista/>. Acceso em: 5 de maio de 2020.

HIRO, D. Trump está perdiendo la guerra tecnológica con China y ni siquiera lo sabe. Observatorio de la Crisis, 22 de agosto de 2020. Disponible en: <https://observatoriocrisis.com/2020/08/22/trump-esta-perdiendo-la-guerra-tecnologica-con-china-y-ni-siquiera-lo-sabe/>. Acceso em: 3 de dezembro de 2020.

JABBOUR, E.; DANTAS, A. T.; ESPÍNDOLA, C. J. Considerações iniciais sobre a nova economia do projetamento. Geosul, Florianópolis, v. 35, n. 75, p. 17-42, mai./ago. 2020.

MANN, M. El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados. Relaciones Internacionales, v. 5, 1-43, 2007 [1984].

MARTINS, C, E. Dependency, Neoliberalism and Globalization in Latin America. Nueva York: Brill. 2019.

MERCATANTE, E. El imperialismo en tiempos de desorden mundial. Buenos Aires: Ediciones IPS. 2021.

MERINO, G. E. Tensiones mundiales, multipolaridad relativa y bloques de poder en una nueva fase de la crisis del orden mundial. Perspectivas desde América Latina. Geopolítica(s): revista de estudios sobre espacio y poder, v. 2, n. 7, Universidad Complutense de Madrid, 2016.

MERINO, G. E. Los tratados comerciales y las luchas globales en la era Trump. Realidad Económica, Buenos Aires, n. 313, p. 9-40. 2018.

MERINO, G. E. Guerra Comercial y América Latina. Revista de Relaciones Internacionales, Centro de Relaciones Internacionales de la UNAM, México, n. 134, p. 67-98, 2019.

MERINO, G. E. El ascenso de China y las disputas estratégicas en los grupos dominantes de los Estados Unidos. Brazilian Journal of Latin American Studies - Cadernos Prolam/USP, v. 19, n. 37, p. 44-77, out. 2020a.

MERINO, G. E. La guerra mundial híbrida y el asesinato de Soleimani. Cuadernos de Pensamiento Crítico Latinoamericano, n. 71, febrero 2020b, CLACSO.

ORLIK, T.; JIMENEZ, J.; SAM, C. World-Dominating Superstar Firms: Get Bigger, Techier, and More Chinese. Bloomberg, 21 de mayo de 2021. Disponible en: <https://www.bloomberg.com/graphics/2021-biggest-global-companies-growth-trends/>. Acceso em: 27 de maio de 2021.

ROSALES, Osvaldo. El sueño chino. Buenos Aires: Siglo XXI – CEPAL. 2020.

REGUEIRO, L. América Latina y el Caribe, región en disputa: Estados Unidos versus China. Revista de Estudios Estratégicos, n. 7, p. 51-86, CIPI, 2019. Recuperado de: <http://www.cipi.cu/libro-revistarevista-de-estudios-estrategicos-no-07>. Acceso em: 15 de abril de 2020.

ROBERTS, M. The productivity puzzle again. The Next Recession, 29 de junio de 2018. Disponible en: <https://thenextrecession.wordpress.com/2018/06/29/the-productivity-puzzle-again/>. Acceso em: 16 de abril de 2020.

ROSS, John. The West’s ‘new mediocre’ and the rise of China’s economics. Chinese socialism’s rapid economic growth, Western capitalism’s ‘new mediocre’ – economic background to the 19th Communist Party of China Congress. Learning from China, octubre 2017. Disponible en: <https://www.learningfromchina.net/chinese-socialisms-rapid-economic-growth-western-capitalisms-new-mediocre-economic-background-to-the-19th-communist-party-of-china-congress/>. Acceso em: 14 out. 2019.

ROUBINI, N. La vía negativa del crecimiento. *La Nación*, 8 de marzo de 2015. Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/economia/la-via-negativa-del-crecimiento-nid1774122/>. Acceso em: 17 de abril de 2020.

ROUBINI, Nouriel. "The Coming Greater Depression of the 2020s", Project Syndicate, 28 de abril de 2020. Disponible en: <https://www.project-syndicate.org/commentary/greater-depression-covid19-headwinds-by-nouriel-roubini-2020-04/spanish?barrier=accesspaylog>. Acceso em: 20 de maio de 2020.

SANGER, D. E.; SCHMITT, E. and WONG, E. As Virus Toll Preoccupies U.S., Rivals Test Limits of American Power. *The New York Times*, June 3 2020. Disponible: <https://www.nytimes.com/2020/06/01/us/politics/coronavirus-global-competition-russia-china-iran-north-korea.html>. Acceso em: 15 de agosto de 2020.

SIPRI. Data for all countries from 1988–2019 in constant (2018) USD. Sipri. Disponible en: <https://www.sipri.org/databases/milex>. Acceso em: 4 de abril de 2020.

SUMMERS, L. Reflections on the new 'Secular Stagnation hypothesis. In: TEULINGS, C y BALDWIN, R. (Ed.). *Secular Stagnation: Facts, Causes and Cures*. Londres: CEPR, 2014.

THE ECONOMIST, "Is China winning", April 16, 2020. Disponible en: <https://www.economist.com/leaders/2020/04/16/is-china-winning>. Acceso em: 20 de abril de 2020.

TORRALBA, C. Los misiles chinos que inquietan al Pentágono. *El País*, 25 de julio de 2020. Disponible: <https://elpais.com/internacional/2020-07-25/ee-uu-vs-china-escenarios-de-la-nueva-guerra-fria.html>. Acceso em: 10 de agosto de 2020.

VADELL, J. La globalización con características chinas: una lectura polanyiana de la interconectividad de la Nueva Ruta de la Seda y sus implicaciones para América Latina y el Caribe. Congreso Internacional Innovación y desarrollo en China: oportunidades para América Latina, Centro de Estudios de América Latina, Universidad de Sun Yassen, Zuhai, noviembre 2019.

VADELL, Javier y ZACCARA, Luciano. El histórico acuerdo China-Irán en el tablero geopolítico asiático. *Perfil*, 18 de agosto de 2020.

VIDAL LIY, M. Peligro de incendio en aguas asiáticas. *El País*, 25 de julio de 2020. Disponible en: <https://elpais.com/internacional/2020-07-25/ee-uu-vs-china-escenarios-de-la-nueva-guerra-fria.html>. Acceso em: 10 de agosto de 2020.